



EL MEJOR LUGAR DEL MUNDO...

Por Alberto ECEIZA

El lugar en que uno nace, si además es aquel en que ha transcurrido la primera decena de sus años, es ya, para él, mejor que el mejor del mundo: el más dulce, el no va más de las aldeas o ciudades que puedan existir sobre la Tierra. Esos años, los más floridos de una vida, hacen amar al «txoko» aquel en que transcurrieron, donde, poco a poco, se despertó el interés por las complejidades de la vida en la edad de los «por qué» y «cómo», al pretender analizar lo que ante sus fascinados e infantiles ojos se desplegaba: las flores, los insectos, los pájaros, etc...

Estas y otras muchas pequeñas cosas—los amigos formados por afinidades sin pizca de interesadas y calculadas, la maravilla de la existencia desplegándose, ampliándose día a día—son el conocimiento de toda vida humana y, como tal, nadie renunciará a él so pena de arruinar el edificio entero...

Todo puro sabido y, por tanto, siempre olvidado. Sin embargo, así podemos comprender a tantos y tantos inmigrantes que dicen que su lugar de origen «es mejor»... Allí discurrieron sus más felices años, y ya ni una mejor posición económica, una mayor abundancia de bienes terrenales y un ambiente más grato y humano harán que se difuminen. Y es natural ¿Quién no ama las raíces en que se asienta su ser todo?

Un extranjero puede opinar, con cierta imparcialidad, que Andalucía es mejor que Vasconia, o viceversa; que Galicia lo es mejor o peor que Cataluña, etc., etc.; pero un nativo de esas regiones, no. Para él, sea cualquiera su tierra de origen, ésta tendrá «algo» que no tienen las demás, algo que siempre es «mejor», lo mismo da que sean las «mejores» sequías que los más grandes chaparrones...

Esto vale también con el extranjero ése, imparcial y tal, si entre los lugares que se comparan se incluye su país. Entonces... éste hay que dejarlo aparte «porque tiene...». Y no digamos nada si ese extranjero es francés...

Partiendo de esta base, para mí Rentería es el mejor pueblo del mundo; para mí y para todos los que jugaron conmigo en los montones de arena que sirvieron de cama a los adoquines con que se revistieron muchas de las calles renterianas allá por el año 22 y 23; los que conmigo o con sus cuadrillas respectivas organizaban cacerías de «txurranguillos» empleando arcos y flechas fabricados con varillas de paraguas desechados—¡qué habilidad manual se adivinaba en algunos de aquellos arcos!—; los que luego, un poco mayores ya, ahorrábamos desesperadamente para comprar camisetas de fútbol para «nuestro equipo», camisetas compradas una a una y que, a veces, ni siquiera llegaban a completarse, bien

porque el equipo hacia «culo», bien porque el comerciante había terminado sus existencias con los colores elegidos y ya no podía suministrar más de la misma clase.

¿Y el que conseguía un par de botas de fútbol? Aquél, indefectiblemente, era nombrado el capitán del equipo. Nadie osaba disputarle tal puesto, pues, ¿quién era el guapo que se atrevía contra botas con tacos y puntera reforzada?

Lo malo era cuando dos o tres conseguían tener tales botas. Entonces, si no se fraccionaba el equipo en tantos como pares de botas había, es que estaba maduro para entrar en una categoría superior: la de los Sporting, Iberia, Magdalen, etc., vivero de donde se surtian el Touring, el Rapid y el Euskalduna...

Pero... ¡no vayamos tan lejos! Con el Touring y el Rapid—¡qué rivalidades suscitaron entre todos los chaveas y no tan chaveas...!—nos metemos en los años en que ya empezaban las complicaciones de la vida, a comparar las pantorrillas de fulanita con las de menganita, a ruborizarnos cuando zutanita se detenía a charlar con nosotros... Ya, en este momento, los pequeños detalles de nuestros cimientos han sido cubiertos por los primeros pisos del edificio y ya estamos maduros para desarraigarnos del barrio y hasta del pueblo..., así que ¡volvamos, volvamos atrás!

En mi calle—como en todas las calles supongo—, las mentes de los niños se impresionaba con cosas que dejaban indiferentes a los mayores. Lo que éstos se tomaban a broma, eran para nosotros cosas muy serias, y esto valía tanto para nuestros «héroes» como para nuestros «malos»; pongamos a la «Adivinadora», a «Shanti», al al carpintero tuerto que hacía ataúdes, etc., etc... Para nosotros todos ellos tenían algo fuera de lo común y nuestro ánimo hacia ellos se teñía con distintos matices: supersticioso, despreciativo, respetuosísimo...

También había cosas que solían calificarse entre los chaveas de muy diversas maneras: existía la «casa de los fantasmas», sólo porque su portal—siempre sombrío—al final tenía un cuarto de pétreas paredes de las cuales pendían argollas de hierro con tintineantes cadenas—que usaban las «casheras» para amarrar sus borricos—y que a nosotros nos sugerían lúgubres mazmorras llenas de entes mefistofélicos; la casa del «cura»; la de los «Cartucho», con su bajo dedicado a la salazón de pieles; la de «Perico», con su inmensa sidrería..., todas tenían su peculiaridad, mucho más distintiva que el número (por lo demás, muy posterior) con que fueron designadas...

También entre los chavales teníamos nuestros héroes y nuestros malos. Todo el que vive aún y que fue chaval entonces, recordará muchos compañeros famosos por uno u otro motivo. No quiero mencionar nombres, pues, al fin y al cabo, no importan, y podrían sentirse molestos algunos, lo que me sería muy desagradable, y quizá otros halagados, pero a quien no silenciaré será a «Calicos».

En su cuerpo contrahecho anidaba un alma hermosa que hacía que todos le quisiesen pese a su cara de «sagutxo» feo—ganó tantos campeonatos de «caras feas» que ya el inclito Camacho sólo le dejaba salir en ellos «fuera de concurso»—. Todos los niños y niñas más pequeños confiaban en él y no era raro que un pequeñajo llorón encontrase el consuelo de unas frases amables y unas caricias venidas de «Calicos», que más no podía dar, ya que era tan pobre como el que más, y sin embargo...

Su recuerdo es para mí tierno y evocador. ¿Por qué? Lo diré...

Una buena tarde de junio surgió la idea en la cuadrilla:

—¡Vamos a Centolen a ver el aeroplano y los pavos reales!

Había uno que no se atrevía a ir. Llevaba la blusa negra de huérfano y vivía aún en su pecho, sin ningún paliativo proporcionado por el tiempo, la imagen de su madre recién fallecida. Por ello y por su corta edad, pasar ante los cementerios se le hacía muy fuerte. Mas la insistencia de los demás y la curiosidad de ver un aeroplano de cerca, le decidieron.

Cuando dejaron atrás las que entonces eran las últimas mansiones de calle Arriba, «Calicos», sin decir oste ni moste, saltó por encima de una alambrada, a mano izquierda según se subía, y de las paredes de la última casa, llena de rosas, cogió un ramo. Los demás lo miraron extrañados de tal acto que suscitó las iras de la dueña y cuyos gritos hicieron correr a todos cuesta arriba... Mas al llegar a la puerta del cementerio, «Calicos» dio las conquistadas flores al huérfano diciéndole:

—Anda, ponlas en la tumba de tu madre...

¿Qué puede retratar mejor su alma buena...?

Siempre habrá seres sensibles, pero el malogrado «Calicos», pese a su miseria y a sus harapos, a sus latrocinios de poca monta, era un alma exquisita y dulce...

Y cosas de estas son las que quedan grabadas para siempre en nuestros recuerdos y las que hacen que esos años infantiles sean los más bellos y dulces, reflejándose tal belleza y dulzura en todo cuanto nos rodeó. Así, para un renteriano, Rentería siempre será lo mejor del mundo. ¡Qué importa que, de mayores, veamos un pueblo feo, mal urbanizado, «perfumado» con los olores de una ría que fue hermosa! ¡Qué importa que no haya sitio para aparcar un coche, ni un parque decente, ni una galería de arte o museo, ni campos de deportes, ni piscinas ni tantas otras cosas que hacen agradable una población que ronda en los cincuenta mil habitantes!

Sabemos dónde sigue luciendo una de las tres primeras bombillas eléctricas que aquí se instalaron y su luz—humildísima hoy—es símbolo de esa luz esencial que en nuestro interior se proyecta sobre un Rentería que siempre para los «errikoshemes» será «el mejor pueblo del mundo».